

## RECENSIONES

LEOPOLD SEDAR SENGHOR: *Libertad, negritud y humanismo*. Editorial Tecnos. Madrid 1970. 449 páginas.

Desde hace tiempo es sobradamente sabido que Leopoldo SEDAR SENGHOR, creador y presidente de la República del Senegal, es una de las figuras africanas de más talla intelectual y mayores irradiaciones espirituales. Entre las fechas esenciales de su vida no pueden olvidarse la de 1930, cuando siendo estudiante en París, fue con su compañero el antillano Aimé Césaire y otros jóvenes afro-negros, afroamericanos y malgaches, uno de los creadores del concepto de la *négritude*. Esta era comprobada, presentada, exaltada, y articulada como «la condición de las personas de orígenes raciales negros, y las características psicológicas peculiares a dicho fondo étnico». La *négritude*, que en español se ha traducido como «negritud», se ha extendido después hasta llegar a casi todos los núcleos negros, mulatos y negroides del mundo. Ha crecido y ha arraigado en muchos sectores culturales, sociales, folklóricos, etc. Ha contado (y cuenta) con el apoyo de diversos organismos pertenecientes a la Organización de las Naciones Unidas. Pero su principal aspecto es hoy el de la política internacional.

En este sentido internacional e internacionalista, la figura de Senghor sigue siendo, si no la principal en lo material estatal, por lo menos la más simbólica en lo trascendental. Antiguo profesor de lengua francesa y clásicos grecolatinos en los liceos de Francia continental; representante francés en los organismos paneuropeos de Estrasburgo; y propulsor de la Universidad de Dakar. Pero asimismo creador de una de las más originales organizaciones de socialismo africano. Y articulador de un Estado como (el Senegal) que sirve de vínculo y nexo a la mayor parte de los otros países y pueblos del África Occidental atlántica.

Ahora Sedar Senghor ha emprendido la recopilación de sus textos fundamentales (antes dispersos o inéditos) en una serie de tres volúmenes, bajo el título común de «Libertad». En Francia la publican los «Editions du Seuil». En España la Editorial Tecnos. Se trata de un libro absolutamente indispensable para penetrar en el seno de varios grandes problemas de internacionalismo humano; que no sólo son peculiares del continente africano, sino que sirven como reactivos para aplicarlos a otros sectores del Tercer Mundo en general.

El título general de «Libertad» se refiere a que en conjunto tiene por tema las conquistas de las emancipaciones comunales y nacionales de los pueblos negros, o los núcleos sueltos de antecedentes negros. Es una libertad que su autor define en el sentido siguiente: «Recuperación y afirmación, defensa e ilustración de la personalidad colectiva de los pueblos negros». El libro ahora aparecido con el título de «Libertad, negritud y humanismo» explica los fundamentos de la ideología y la praxis del negrismo. Luego seguirán otros sobre «Libertad y Nación». Y «Libertad y Vía africana del Socialismo».

El libro de Senghor puede despertar muchas polémicas sobre sus tendencias y sus afirmaciones. Y en lo internacional una de sus características es que no parte de los puntos iniciales con que suelen plantearse los temas de colonismo y

colonización o de partición, descolonización y reagrupación. Es que Leopoldo Sedar Senghor no comienza por lo episódico, sino por lo dinámico.

El mismo hace notar, en uno de los primeros capítulos de su libro reciente, que es un error muy extendido el de creer que la intervención de tropas negras (coloniales) en las dos guerras europeo-mundiales de 1914 y 1939, constituyese la primera entrada del problema negro en la elaboración internacional del mundo nuevo. Más bien fue que entonces los negros (no siempre conscientemente) marcaron una participación en la demolición del mundo viejo.

La palabra «demolición» no se usa en ningún sentido racista ni xenóforo. Sedar Senghor no niega las diferencias raciales ni las antiguas opresiones, pero su voz habla totalmente como una voz sin odio. Dice textualmente: «Nosotros, los negros, lo hemos olvidado todo: los doscientos millones de muertos en la trata de negros; las violencias de la conquista; las humillaciones del indigenato. Hemos sido el grano pisoteado; el grano que muere para que nazca la civilización nueva, la civilización del hombre integral».

Una de las cuestiones esenciales en la pasada trayectoria de las pugnas entre lo colonial y lo autónomo (sobre todo antes de 1958) y sus readaptaciones o sus conflictos después de surgir la mayoría de las actuales naciones afronegras, es la pugna entre la técnica y el casticismo.

Senghor reconoce e incluso elogia los excelentes resultados que las acciones coloniales de Francia, Bélgica o Gran Bretaña produjeron en las ventajas materiales de hacer retroceder las endemias tropicales; extender la enseñanza; levantar fábricas, horadar las selvas con autopistas y vías férreas; mejorar los cultivos, etc. Pero luego añade Senghor que la técnica debe ser un instrumento más preciso y precioso, en cuanto sea menos material y materialista. El cree en la anterioridad, y hasta la superioridad de la materia definida como mundo objetivo y factor esencial para la humanidad del siglo xx. Pero pide que quede subordinada a lo moral y sentimental. En el Africa negra los valores emocionales siempre predominaron (lo mismo que pasaba con el clasicismo helénico). Europa debe ahora actuar en un sentido inverso; recogiendo para lo europeo los valores alegremente humanos de los negros.

Leopoldo Sedar Senghor añade que las élites afronegras han admitido «domar su fiera» y olvidar los sufrimientos antiguos, para hacer justicia a Europa y reconocer su necesidad. Pero exigen que dicha Europa sea «ella misma» en su antigua esencia; que use las máquinas, pero no olvide a Goethe ni a Descartes; a Shakespeare ni a los pensadores griegos.

En grandes líneas Senghor viene a preconizar la extensión de un intercambio de impulsos y valores que cree entre europeísmo y negrismo una especie de mestizaje utilitario y emotivo. Elogia el hecho internacional significativo de que las grandes civilizaciones y las grandes estructuras estatales hayan sido precisamente mestizas, como lo fueron Babilonia y Roma, u hoy lo son Estados Unidos y la U. R. S. S... En cuanto al continente africano general, pide que Europa lo considere sobre todo como «el lado Sur del Mediterráneo». Es decir, la proyección del mundo del devenir de una «personalidad mixta» entre razas, pueblos, colores y Estados.

Lo mismo para esas relaciones afro-europeas, que para las internas entre africanos oscuros, el actual presidente del Senegal dice: «Lo esencial es afirmar, impulsar y sostener el espíritu de diálogo, y deshacer las diferencias por medio de las mutuas constantes comprobaciones».

En este empeño de lograr la unidad por medio de la diversidad, el papel de Dakar y de toda la república senegalesa viene siendo cada vez más intenso. La capital del Senegal (el país donde gobierna Senghor) se ha convertido en eje geopolítico atlántico entre todos los sectores del ángulo afronegro que avanza cara a Sudamérica; muy cerca de lo español (por Canarias); punto clave del sistema de países negros de expresión francesa; y sector de contactos directos con los países mediterráneos arabo-berberes, gracias al puente territorial y humano de Mauritania.

## RECENSIONES

El presidente de la República senegalesa; ex-profesor, filósofo, poeta, líder político en su país; «agitador en el mejor sentido de la palabra para los demás pueblos y núcleos negros dispersos del mundo»; portavoz de lo africano y lo francés juntos dentro de «La Europa de los Seis» o ante el lejano Canadá y ante El Cairo del arabismo oriental; ha puesto una gran fe en el papel de vinculación intercontinental de su país (que es por cierto, uno de los más confiados en el necesario papel de la O. N. U.). Y uno de los factores que Senghor ha impulsado para ello con mayor empeño, ha sido y es el de la universidad de Dakar.

El dice que Dakar, construida sobre la roca en un alto promontorio abierto al mar y a todos los vientos del mundo, se revela «como uno de los más altos lugares donde sopla el Espíritu». Un poco humorísticamente añade Senghor, que allí la universidad es una encrucijada de rutas internacionales, por el hecho de que está entre el aeródromo, el puerto y la estación ferroviaria. Pero lo esencial es que dicha universidad senegalesa actúa como encrucijada de caminos, climas, razas, religiones y civilizaciones. Tiene una forma y una organización de universidad francesa al servicio de Africa; pero su función no es tanto docente como informativa y de aplicación práctica para el uso común de un gran número de países de su sector regional continental. Así en Dakar funcionan el Instituto francés de Africa Negra, otros de Ciencias Humanas, Estudios Administrativos y Políticos, Ciencias Económicas y Financieras, etc., etc.

A última hora la enseñanza en el país-puente y el Estado «pannegrista» o «panafricano» del Senegal, está puesta al servicio de la acción internacional activa, para la fusión de las distintas corrientes creadoras. Leopoldo Sedar Senghor, que es católico muy sincero, rige una nación de mayoría islámica (y bastantes intercalados laicos), con una cuidadosa ecuanimidad.

El dice como resumen de una línea general de pensamiento y conducta: «Somos políticos y no filósofos. Nuestra tarea es la modesta, pero urgente, de organizar y gobernar la ciudad promulgando leyes que tienden al fin del establecimiento de relaciones armoniosas entre los hombres». Y dichas relaciones buscan (en lo nacional y lo mundial) el predominio de ese constante diálogo abierto, que parece constituir la mayor y mejor fijación de Sedar Senghor.

RODOLFO GIL BENUMEYA

I. F. NICOLSON: «The Administration of Nigeria 1900-1960. Men, Methods and Myths», Clarendon Press, 1969, 326 páginas.

Bajo el prisma de los graves acontecimientos surgidos en la Nigeria independiente, culminados con la sangrienta guerra biafreña, resulta interesante y aleccionador conocer los antecedentes que prevalecían en la Nigeria colonial al objeto de establecer las características de aquel país y hallar las raíces de su posterior turbulencia. En tal sentido, la obra de Nicolson, densa y documentada, resulta sobremedida interesante al tratar el tema de la administración británica en aquel país «subdesarrollado» a través de los sesenta años en que tuvo vigencia hasta la accesión de Nigeria a Estado independiente. Destaca el empeño puesto por los administradores, más que en los administrados, para tratar de resolver los principales problemas aun contando con recursos muy escasos para la magnitud de la obra; así como también los éxitos y fracasos conseguidos en la edificación y desarrollo de la nación. A la vista de las consecuencias derivadas de la independencia nigeriana, resulta importante conocer el desarrollo de los servicios públicos y la administración pública en Nigeria, puesto que han sido los principales responsables de la orientación dada al Estado soberano. No obstante, este libro no es un análisis de gobierno en términos de sistemas y subsistemas o de estructuras de funciones. Las interacciones de personas y acontecimientos en la política y gobierno de Nigeria lo excluye en gran modo. Nigeria es un mundo

## RECENSIONES

en el que se implican problemas de política, raza, color, clase social, nacionalidad e ideología y que, por ello, presenta unas características peculiares. Muchos de los problemas que se han presentado a la Nigeria de 1960 son absolutamente semejantes a los que se encontraban, ya, planeados en los protectorados de 1900 y que tuvieron que ser afrontados por los primeros administradores. Entonces existía ya la preocupación por los problemas de capital para el desarrollo, la creación de nuevas industrias y el establecimiento de vías de comunicación y mejora agrícola. La notable expansión sobrevenida en Nigeria como resultado de la enérgica expansión imperial de la era Chamberlain sólo puede explicarse por la considerable transformación mundial que tuvo lugar en las tres últimas décadas del siglo XIX: la revolución industrial, de comunicaciones y de comercio internacional. Como consecuencia de la decisión de Londres de establecerse en Nigeria, Lagos y el protectorado de los Yoruba constituían un estado distinto del nuevo protectorado del Sur de Nigeria estando dirigido cada uno de ellos por personas distintas hasta que Walter Egerton reemplazaba a ambos y fusionaba ambas administraciones. Este proceso tuvo lugar en 1904 y Egerton permaneció en la Nigeria meridional hasta que en 1912 fuera nombrado Lord Lugard para gobernar ambas administraciones así como para fusionarlas. A principios del siglo, antes de que Lagos se reuniese a cualquier unidad mayor, era la capital civil, la sede de ambos gobiernos y del comercio. Mientras Lugard en un camino predominantemente militar y MacGregor en un sentido civil sentaban los problemas del Norte y de Lagos, respectivamente, Sir Ralph Moor trazaba las líneas para llegar a un gobierno situado a medio camino entre el civil y comercial de Lagos y el militar y autoritario del Norte. Desde el principio del *Oil Rivers Protectorate* bajo MacDonald hasta la amalgamación de Nigeria bajo Lugard poco antes de la primera guerra mundial—un período de más de veinte años—existió una notable continuidad de política y dirección en las regiones Medio-Occidental y Oriental de Nigeria. MacDonald y su lugarteniente y sucesor Moor declaraba que «la educación y la preparación de los nativos», así como su promoción, constituía la base del desarrollo nigeriano. En 1910 había ya 50 escuelas dependientes directamente del Gobierno, en aquellos lugares donde no existían escuelas fundadas por las Misiones. El proceso de extensión de la educación en los distritos pacificados del Sur de Nigeria no dejó de incrementarse a pesar de la falta de profesorado y de las dificultades financieras. Se creó un departamento médico capaz de proporcionar un oficial médico para cada distrito. En septiembre de 1906, con el anuncio de la dimisión de Lugard, Egerton sugería, al Colonial Office, que si una amalgamación del Norte y del Sur no era aun conveniente, al menos las provincias de Ilorin y Kabba podrían ser absorbidas en Nigeria del Sur ya que, ambas, con el ferrocarril de Lagos construyéndose hacia el Norte, quedaban en estrecho contacto con Lagos por lo que existían razones «étnicas y geográficas» para ser administradas por el Sur. A Downing Street le surgían dudas sobre si la prolongación al Norte del ferrocarril no se traduciría en que el «Gobierno de Nigeria del Norte no considerase al de Nigeria del Sur como una comunidad hostil o rival».

Puede advertirse, a través de los antecedentes que venimos exponiendo, que ya a principios del siglo se planteaban los graves problemas que han desembocado en la sangrienta guerra civil. Ha quedado suficientemente establecido que Nigeria, lejos de constituir un Estado homogéneo está formado—por lo menos—por dos territorios ampliamente diferenciados en raza, cultura y religión y cuya enemistad y recelo han sido mantenidas tradicionalmente. De poco sirvió, para eliminar esos inconvenientes, el esfuerzo educativo volcado por el Reino Unido puesto que sesenta años de instrucción apenas han logrado crear unos cuadros selectos de hombres capacitados para afrontar la dirección del país con garantía de éxito. La primera década del siglo XX fue una década de optimismo al revelarse las riquezas potenciales que encerraban el país: carbón de lignito de Asaba, campos auríferos en Ilesha, carbón de Udi, plomo y cinc de Abaka-

liki, etc. Mientras, proseguían los combates inspirados por los Emiratos de Kano y Sokoto principalmente aunque Lugard no hizo grandes esfuerzos para restablecer amistosos contactos con los mismos. Después de terminada la campaña, la administración procuró restablecer el «prestigio» y la influencia de los jefes nativos. En otras palabras, los emires Fulani fueron incorporados a la jerarquía militar de comandantes de Lugard. El autor destaca que los últimos meses de Lugard como Alto Comisario y «pacificador» «fueron los más sangrientos, provocando más matanzas, destrucciones y pérdida de vidas que en todo el curso de la intervención británica en Nigeria». No obstante no puede olvidarse que se trataba de pueblos consustancialmente guerreros, de una belicosidad sin límites, características que han conservado, tal como se ha visto recientemente en la ferocidad demostrada contra los secesionistas biafraños. Esto puede explicar la dureza de las palabras de Nicolson, aparentemente injustificadas.

Tras la amalgamación del Norte y Sur del país, lograda por Lugard entre los años 1912-18, en 1920 Nigeria alcanzaba unos ingresos de cinco millones de libras esterlinas, cuando su población era de 20 millones de habitantes. En 1938-39 la cifra había llegado a 6 millones y la población había aumentado a 25 millones. La administratocracia fue la regla para Nigeria durante más de un cuarto de siglo y el principal organizador de la misma fue Sir Hugh Clifford, sucesor de Lugard, y Donald Cameron primer secretario jefe. Durante este período la mayor dificultad, que ha sido perenne durante la administración colonial y en la Nigeria independiente, ha consistido en la delimitación de esferas de influencia entre el Gobierno central y el local. Cameron no completó la «remodelación de la máquina administrativa», sino que fue su sucesor Sir Bernard Bourdillon quien introdujo un cambio importante en 1939 cuando dividió la antigua Nigeria del Sur en dos, con el Níger como línea divisoria. Este paso se apoyaba en conveniencias administrativas y en el reconocimiento de diferencias sociales entre los pueblos que formaban la mayoría del Oeste, los Yorubas, y los que formaban la mayoría del Este, los Ibos. Esta división, con el transcurso del tiempo, fue acentuando las diferencias entre ambos pueblos desembocando en las aspiraciones Ibos a una mayor autonomía. En 1948 finalizaba el proceso de administratocracia instalándose el aparato de gobierno, moderno, federal y parlamentario, completado con ministros nigerianos y una «nigerización» de los servicios públicos. Paralelamente se producía un incremento de la burocracia. En 1948 existían en los altos puestos de Nigeria 3.786 personas, con un aumento de 1.561 sobre 1.945. Además, los disturbios públicos eran tan infrecuentes antes de la independencia, que los servicios de policía eran escasos, prestándose también mínima atención al papel de las fuerzas militares que debían ayudar al poder civil en una Nigeria independiente. En particular, desde que la nigerización comenzó en 1948, y no antes, emergió el principio de una federación con servicios regionales, públicos, federales, y regionales. Durante los primeros cinco años esta nigerización se consideraba como un proceso para seleccionar y situar en los puestos de mayor responsabilidad a los nativos más calificados, pero como la instrucción en el Norte estaba muy por debajo de la del Sur esto significó una «meridionalización» de los servicios civiles. Esta circunstancia en vez de consolidar los lazos federales, no hizo más que ahondar las diferencias entre Norte y Sur del país. Cuando los ministros fueron nombrados, en el centro y en las regiones, a fines de 1951 hicieron de la «nigerización» el caballo de batalla. Las tensiones motivaron que, en abril de 1952, fuera nombrado Sir Sidney Philipson para «revisar la política de nigerización del Servicio civil» y efectuar recomendaciones. Su informe, muy lúcido, fue sometido en abril de 1953, precisamente en el momento en que las tensiones inter-regionales estaban en su momento culminante, con la cerrada oposición del Norte a la moción occidental de «Autonomía para 1956», debate que transcurrió en medio de los desórdenes comunales de Kano de mayo de dicho año. Esta decidió abandonar la idea de una federación nigeriana estrechamente unida y decidía a la Conferencia Constitucio-

## RECENSIONES

nal de Londres, julio 1953, reafirmada por la de Lagos de enero de 1954, a designar expresamente una mayor autonomía regional.

En el minucioso análisis de Nicolson pueden contemplarse todos los elementos que han intervenido en el colapso de la Federación. La sangrienta guerra civil desarrollada en el país no ha sido la consecuencia de los gérmenes contenidos en el período que estudia el autor de esta obra tan interesante. Por ello resulta de consulta conveniente para toda persona que esté interesada en conocer la génesis del conflicto que ha estremecido al mundo.

JULIO COLA ALBERICH

ARNOLD EBEL: *Die diplomatischen Beziehungen des Dritten Reiches zu Argentinien unter besonderer Berücksichtigung der Handelspolitik (1933-1939)*. Landau/Pfalz, 1970. A. Kraemer, XVI-472 páginas.

El objetivo del presente estudio, presentado como tesis doctoral en el Instituto Universitario de Altos Estudios Internacionales de la Universidad de Ginebra, es una exposición y un análisis de las relaciones diplomáticas del Tercer Reich con la República Argentina hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Siguiendo el camino del autor sería, al mismo tiempo, un intento de suplir otra laguna que, a pesar de una literatura bastante copiosa, existen sobre las relaciones de la Alemania nacionalsocialista con los Estados iberoamericanos. Sólo que esta literatura se centra, preferentemente, en probar la supuesta o manifiesta actividad subversiva del nacionalsocialismo en América del Sur, sin tener en cuenta el propio fondo de dichas relaciones.

Argentina es el país que siempre mantuvo buenas relaciones con Alemania siendo el *partner* más importante de entre los demás Estados iberoamericanos en el campo comercial. Ya durante la Primera Guerra Mundial mantendría una postura neutral, igual que durante la Segunda conflagración defendiendo, con éxito, su propia postura frente a los Estados Unidos. Esta es la razón de por qué el autor escogió precisamente a este y no a otros países iberoamericanos para su estudio.

Es impresionante la cantidad de fuentes publicadas y no publicadas, sobre las cuales opera Ebel. Por cierto, prevalecen fuentes alemanas, pero sin descuidar las británicas y aun menos las argentinas. Estructuralmente, la obra se divide en cuatro grandes capítulos: desde la Primera Guerra Mundial hasta la constitución del Tercer Reich (1914-1933); las relaciones germano-argentinas entre 1933 y 1937; la «actividad» nacionalsocialista entre los alemanes de Argentina (unas cien mil almas); la situación durante los años 1937 hasta 1939 y, finalmente, fuentes bibliográficas.

Hasta la mitad de los años 30 ocuparon el primer lugar en las relaciones germano-iberoamericanas cuestiones político-comerciales. Para Alemania era de vital importancia el aprovisionamiento de materias primas y productos alimenticios. Sus reservas de divisas eran prácticamente nulas, por lo que en 1934 fue enviada a América del Sur una delegación con el fin de concretar una serie de convenios relativos al sistema de pagos. Un correspondiente convenio fue firmado también con Argentina, sólo que del mismo, más se beneficiaba Argentina que Alemania, ya que las exportaciones argentinas superaron en mucho las importaciones procedentes del Tercer Reich. Las propuestas alemanas de nivelar ese desequilibrio no encontraron eco favorable en Buenos Aires. Cuando se produjo la ruptura de relaciones diplomáticas entre los dos países, en 1944, Argentina contaría con un saldo positivo de 3,6 millones de marcos.

Los Estados Unidos no ocultaban sus recelos respecto a esta clase de relaciones, ya que neutralizaban la tendencia político-comercial propugnada por Cordell Hull y considerando que se trataba de una penetración nacional-socialista. Brasil

## RECENSIONES

se convirtió en un escenario espectacular de las divergencias germano-americanas, donde Washington vio amenazados sus intereses más que en ningún otro país iberoamericano. Las relaciones entre Buenos Aires y Washington no eran en aquella época precisamente cordiales, hecho que aconsejaba a los Estados Unidos el no exponerse excesivamente en sus críticas contra Argentina. Además, la polémica americano-argentina no giraba tanto en torno al comercio, sino más bien se centraba en los problemas políticos. Argentina no compartía las preocupaciones americanas por un inminente peligro de infiltración de los regímenes totalitarios europeos y, en cambio, prefería una colaboración regional con Chile, Brasil y Uruguay a la cooperación panamericana, protagonizada por Washington. En las Conferencias de Buenos Aires y Lima, Argentina logró neutralizar los esfuerzos norteamericanos de colocar a Iberoamérica bajo la influencia directa de la Casa Blanca. El Gobierno argentino actuó soberanamente dando a entender a Washington que no intentara sobrepasar los límites convencionales emanantes de la OEA. Que en esta ocasión serviría más a los intereses del Tercer Reich que a la causa panamericana, es fácil comprender y demostrar, pero Argentina no procedería con mala fe.

Argentina era y es un país de inmigración y su primera preocupación consiste en asimilar lo antes posible a los elementos extranjeros. Las actividades del grupo étnico germano pronacional-socialista no pudieron influir en la política exterior argentina, ya que la enseñanza en las escuelas privadas extranjeras fue regulada mediante decretos con el fin de impedir la propagación de ideologías ajenas a la forma de gobierno de Argentina. En vez de unas influencias ideológicas externas, el presidente Ortiz puso en marcha un amplio plan de democratización interna exaltando a los partidos políticos para colaborar en la tarea nacional... contra la organización local de la NSDAP, pero también en contra de los elementos comunistas. En cualquier caso, las actividades pronacional-socialistas de los alemanes argentinos perjudicaron las relaciones entre los dos países. La propia Wilhelmstrasse reconoció este hecho y, por consiguiente, no se opuso a las medidas restrictivas tomadas contra los alemanes de aquel país por Buenos Aires. Berlín más se interesaba por el fortalecimiento de su posición internacional que por la introducción de su ideología en Iberoamérica. No hay pruebas de que el Tercer Reich haya intentado, en sus relaciones con Argentina, practicar una política de fuerza, ya por la sencilla razón de no disponer, hasta la salida de los años treinta, de una política bien definida frente a los países iberoamericanos. Las diferentes afirmaciones de que el nacional-socialismo prestaba mucha atención al subcontinente americano, no responden a los hechos.

El Ministerio de Asuntos Exteriores germano controlaba la política exterior casi soberanamente, aunque dentro de esta una considerable influencia correspondería a las organizaciones del NSDAP, partido nacional-socialista. Sin embargo, el *Auswärtiges Amt* movía sus acciones dentro de la legalidad, mientras el NSDAP solía sobrepasarla, incluso en caso del grupo étnico alemán en Argentina.

Cabe decir que a pesar de estas intromisiones del NSDAP, el *Auswärtiges Amt* no dio lugar a problemas. Incluso su presencia en Iberoamérica solía moverse a través de funcionarios de segundo orden, evitando—por tanto—enfrentamientos a nivel superior. Los excesos de las organizaciones del NSDAP en el extranjero fueron prudentemente neutralizados por la Wilhelmstrasse, hecho que se manifestaría positivamente en pro de la conservación del orden democrático en Argentina y otros países del subcontinente.

La ruptura de las relaciones diplomáticas con Berlín en enero de 1944, y la declaración del estado de guerra a Alemania catorce meses más tarde, era resultado más de la fuerza persuasiva de Washington que acto de una decisión propia. En efecto, el Gobierno argentino nunca vio amenazado su régimen por el nacional-socialismo. Tal es la conclusión a que el autor llega a través del presente estudio.

STEFAN GLEJDURA

## RECENSIONES

VICK VANCE y PIERRE LAUER: *Hussein de Jordania: Mi «guerra» con Israel*. Madrid, Ibérico de Ediciones, S. A., 1969, 168 págs. y 8 págs. gráficas.

Vance y Lauer, franceses, han «escrito» un libro que es reportaje, documento, en el que el protagonista, el monarca Hussein, viene a ser el auténtico autor. Vance y Lauer demuestran una preparación periodística (dinámica, por tanto), ora plasmando a modo de entrevista y comentario las respuestas de Hussein, ora dejando relatar enteramente a éste (de ahí que el libro esté escrito «también» por el rey jordano, y ello en forma directa, clara, amena y gráfica, con verismo, sin afectación, salvo alguna frase en tono admirativo—gramaticalmente hablando—llevado del temperamento, o quizá debido a los autores, digamos primarios, del breve, pero sugestivo libro).

Conocer la opinión sobre unos hechos, una situación, de un hombre que participó directamente en la guerra de 1967 y que rige los destinos de un Estado crucial desde la juventud del país y de él mismo, no sólo no defrauda, sino que importa.

El libro, tras una introducción, que pudiera aparecer bien en una solapa, dedica 20 capítulos a narrar ese algo más de los Seis Días, y algo más que esos Seis Días, que es desconocido para el denominado hombre de la calle y para otros; lo que se sabe, se detalla a fondo.

Los capítulos 1 a 16 son, prácticamente, relatos del soberano, directos o a preguntas de Lauer y Vance.

Para obtener una visión exacta, para completarla, se recogen en ellos declaraciones—paralelas al propio relato de Hussein—de personalidades vinculadas a lo que se nos cuenta.

El capítulo 17 se integra de declaraciones de Wasfi El Tal, ex primer ministro jordano en junio de 1967, y hoy, de nuevo, «premier», que con los capítulos 18 y 19, en expresiones de un alto dirigente de la O. L. P., nos muestran un panorama ciertamente no unilateral del conflicto de 1967, antecedentes y derivaciones.

El último capítulo—el veinte—es un epílogo a la narración auténticamente periodística que es este libro, que no constituye un género menor.

Como parte necesaria, doce fotografías de momentos cruciales relatados en el texto, inéditas según la editorial que publica en España el libro.

\* \* \*

Analizando el contenido más a fondo, se trasluce la idea capital previa al conflicto: inevitabilidad del mismo. Inicia el libro retrotrayéndose a las «cumbres» árabes de 1964 (dos) y 1965; a la creación en ésta de la O. L. P. (un Estado en los Estados árabes, sobre todo en Jordania); coexistencia con ella de los comandos palestinos, no integrados en la Organización, que—según Hussein—dan pretextos suficientes para las acciones israelíes; inutilidad del Mando Árabe Unificado, por la dicha acción guerrillera; diferencias fuertes, técnicas y políticas, entre los Estados árabes: un completo cuadro.

Prosigue el libro sobre un ataque israelí contra una aldea jordana (Samoa), que patentiza la falta de conexión y la insolidaridad árabe.

Las vicisitudes inmediatas preliminares a la guerra abierta, ya conocidas en síntesis, y la obligación moral jordana de intervenir (siguiendo el pensamiento de Hussein), se recogen en los siguientes capítulos (tercero a séptimo).

El viaje de Hussein a El Cairo para considerar la situación días antes del presentado inicio de la guerra de los Seis Días se relata con minuciosidad, hasta la firma del acuerdo defensivo jordano-egipcio, complemento del sirio-egipcio. Como virtud del viaje, las distancias entre Amman y la capital de la R. A. U., fomentadas y mantenidas desde tiempo atrás por la mayoría de los Estados ára-



## RECENSIONES

bes en contra de Jordania se suavizan y hasta se disipan. La guerra, en la que no creía Nasser, aunque llegase hasta su frontera, habría de saltar, como suponía bien el rey jordano.

La inminencia bélica hace crear unas fuerzas combinadas en el frente jordano, dirigidas por el general egipcio Riad, controvertido personaje según los principales protagonistas políticos y militares de Jordania. Se destaca la participación iraquí, por ejemplo, con tropas provenientes del norte de Irak, en la casi simultánea lucha con los kurdos por parte de las tropas de Bagdad; el caso sirio, tan peculiar, que con sus retrasos y dudas, entró en guerra en el frente jordano..., cuando ya no había.

Hasta aquí, la etapa prebélica (págs. 15 a 63); la guerra (63 a 113) y la postbélica (115 en adelante).

Los acontecimientos de junio del 67 nos son mostrados ahora en los días de conflicto declarado: la ruptura del fuego por el frente jordano, tras recibir Egipto el embate judío; la interferencia de la Organización de Liberación Palestina; la inexistencia real del Mando Árabe Unido; las falsas informaciones cairotas, dando moral a los jordanos, quienes intervienen no aceptando la propuesta de Leví Eskol, da lugar a que la petición de alto el fuego, dos días después, no sea oída por Dayan.

El capítulo décimo señala la bajada ya de la actividad jordana y sus—en parte—ya esbozadas causas. Hussein, hombre de espacios abiertos, de decisión, es el intérprete adecuado del sentir de su pueblo, al rendirle a la evidencia, ya vislumbrada; nos muestra su dolor por su Jordania, que, como siempre, estuvo en el lado peor, ante la inoperancia y la irrealidad árabe comunitaria. Habría de añadirse a «su guerra» con Israel «su lucha» con los demás árabes. El breve discurso—pág. 98—con que se dirige a su pueblo, responde al tono del hombre que supo de la imposibilidad de vencer, pero que se creyó obligado a ayudar a los otros árabes; que nunca fue estimado, que nunca lo pretendió.

La postguerra llega: hoy... continúa, permanece.

Wasfi El Tal, Yehia Hammude (sucesor de Chukeiry en la O. L. P.), completan la visión del lado jordano-palestino; pero quizá sean las palabras de un anónimo agricultor las que den la clave: no sabemos por qué Palestina combatimos; por la que se pueda obtener en realidad (pág. 139).

\* \* \*

Una vez más, el sentido expresado en estas páginas, de justicia, común a Hussein, a los palestinos, es lo que se pretende, buscado con realismo o con temeridad; se descalifica al sionismo, como fuerza ajena al judaísmo, al que se ampararía.

Creemos que la solución del conflicto desde su raíz tiene como protagonistas a los Grandes—en su constante presencia, latente, en todo el globo—, pero árabes e israelíes también están diciendo su palabra, y no pocas veces la realidad se impone a las intenciones, a los intereses, de U. S. A. y U. R. S. S. Que, en definitiva, se vean desbordados o se impongan, sigue estando por verse en un mundo variante y, a la vez, inmutado.

Los diarios acontecimientos en Oriente Medio, rebasando cualquier comentario, acrecientan tensiones y protagonistas a la hora de escribir esta recensión: la guerra civil jordana, los secuestros aéreos, la muerte y sucesión de Nasser de Egipto, la precaria paz de Rogers, de Jarring, son obvias razones para que no pierda actualidad, para que la conserve y gane, este libro sobre Hussein, Jordania, el Próximo Oriente.

Mientras tanto, todo sigue, cuando menos, igual.

EMILIO-RAMÓN ESTRADA Y DE MIGUEL

MARIO AMADEO: *Política Internacional (Los principios y los hechos)*. Instituto Argentino de Cultura Hispánica. Buenos Aires, 1970, 564 páginas.

No es preciso detenerse a considerar la importancia que en los últimos años han adquirido las relaciones internacionales y, sobre todo, la polémica en torno a la autonomía de las mismas. Hoy puede afirmarse, así lo ha hecho el profesor Stanley H. Hoffmann, que las relaciones internacionales deben su carácter al hecho de que el medio en que se desarrollan es un medio descentralizado. Prolongando este juicio crítico podríamos pensar que, en todo caso, las relaciones internacionales deben su carácter distintivo al hecho de que el poder se ha fragmentado en grupos independientes o rivales a lo largo de la historia del mundo. Quiérase o no, y es esto lo que justifica la aparición editorial de estas páginas, la política internacional está definitivamente incorporada al elenco de las ciencias políticas y, consiguientemente, incluida en los programas de muchas Universidades y centros superiores de estudios. Sin embargo, en honor a la verdad, esta disciplina presenta para su estudio diversas dificultades de orden técnico que, naturalmente, muy escasas veces son superadas. Por lo pronto, y en este extremo es notoria la discordancia de los autores, el campo de la política internacional no está plenamente delimitado. Lo que, por supuesto, con muchísima frecuencia lleva a no pocos estudiosos a confundir su esencia con la del Derecho internacional o, por el contrario, con la de la sociología política. Muchas personas piensan—seguimos el criterio del autor anteriormente citado—que la disciplina de las relaciones internacionales se ocupa, en rigor, únicamente del estudio y análisis de las relaciones interestatales. No faltan quienes, desde otras perspectivas, subrayan que la política internacional tiene por finalidad primordial el examen de los problemas que suscita la competencia del poder entre diversos Estados. Un tercer grupo de tratadistas piensan que la política internacional se ocupa de los factores y actividades que afectan a la política exterior y al poder de las unidades básicas en que está dividido el mundo. Es posible, no nos atreveríamos a afirmarlo de manera dogmática, que, en efecto, esta es la misión que le está conferida, hoy por hoy, a la disciplina de la política internacional. Conviene, en todo caso, no olvidar que la política internacional constituye, en nuestro tiempo, un complejo enjambre de sugerencias, conceptos y terminologías muy difícil de comprender. La razón de la complejidad de la ciencia de la política internacional es obvia: sólo en nuestros días los estudiosos se han decidido a sistematizar su contenido.

Se piensa, y esta misma opinión es sustentada por el autor de estas páginas, que la ciencia de la política internacional no es nueva. Lo realmente novedoso consiste únicamente en el gran despertar que los pueblos todos de la Tierra, incluidos los que metafóricamente intentaron ocultarse tras el «telón de acero», han experimentado a la vida internacional. Hoy muy poca gente se atrevería a dudar de la veracidad de la frase de Spengler cuando subrayaba que la «verdadera política es la política internacional». Lo acertado, pues, en todo libro o tratado de política internacional no consiste en indagar el origen científico de la disciplina, cosa que indudablemente nos sumiría en una formidable jungla de conceptos abstractos, sino, por el contrario, de partir, precisamente, de la definición y contenido de lo que, en nuestro tiempo, se entiende por política internacional. Para el Dr. Mario Amadeo, hombre que ha prestado excepcionales servicios a la ciencia de las relaciones internacionales y, al mismo tiempo, al Derecho Internacional—el Dr. Mario Amadeo ha sido durante varios años ministro de Asuntos Exteriores de Argentina y catedrático de Derecho Internacional Público en la Universidad Católica de Argentina—, no existe ningún problema a la hora de proceder a la definición de la política internacional. Para el autor, por consiguiente, *la política internacional es la rama de la ciencia política que trata de las relaciones entre los Estados y de las Organizaciones que los congregan.*

## RECENSIONES

Entiende el Dr. Mario Amadeo que la definición precedente peca de extensa aunque, naturalmente, esa extensión nos da idea aproximada de la riqueza de contenido de la materia que nos ocupa. El autor, en todo caso, realiza una oportuna salvedad, a saber: Hemos indicado—escribe—que los sujetos de la política internacional son los Estados y las organizaciones que éstos integran. Naturalmente, esta característica corresponde a nuestra época, puesto que en ella los Estados nacionales—con los rasgos con que aparecieron en Europa hacia fines del siglo XV—son las unidades políticas que componen la comunidad internacional. Pero así como en otros períodos históricos la política internacional tuvo como protagonista a los «Estados-ciudades», no está prohibido pensar que en el futuro, nuevas organizaciones puedan también asumir ese papel protagónico.

Otra de las dudas que el autor, desde las primeras páginas de su libro, trata de disipar es si por «Estados» debemos entender sólo aquellos que gozan de la plenitud de la soberanía o también a los que, por estar jurídicamente supeditados a otros, poseen una soberanía restringida. Debe, en primer lugar, advertirse—señala el profesor Mario Amadeo—que la categoría de Estados semisoberanos tiende a desaparecer como consecuencia de la gradual eliminación del sistema colonial. Por ello, los «protectorados» y otras formas similares de soberanía «alienada» pertenecen al pasado. Sin embargo, y a título puramente ilustrativo, cabría hacer una distinción. Aquellas unidades políticas que sin poseer la plenitud de la soberanía mantienen de ella algunos de sus elementos esenciales deben ser considerados sujetos de la política internacional. En cambio, aquellos que, aun cuando ejerzan ciertas formas de gobierno propia, carezcan de la facultad de tratar con gobiernos extranjeros, no revisten tal carácter. El autor, además, hace hincapié en otra cuestión que no está exenta de interés: Para algunos autores, la política internacional sólo comprende el trato entre las grandes potencias o los grandes bloques, es decir, entre aquellos núcleos con posibilidad de influir en los destinos mundiales. Entendemos, subraya el autor, que esa restricción es inadecuada por dos motivos. En primer lugar, tiende a establecer una diferencia de naturaleza y no de grado entre los grandes y los pequeños países, y ello viola principios básicos de derecho natural. En segundo lugar, resulta imposible precisar los límites que separan a las pequeñas de las grandes potencias o aún desconocer la importancia circunstancial de las primeras en acontecimientos de relevancia mundial.

¿Cuál es el papel que la política internacional desempeña en el destino de los pueblos? He aquí, sin duda, la pregunta clave de las páginas que comentamos y, al mismo tiempo, la más sugestiva que el futuro lector de este bellissimo tratado puede plantearse. Para el profesor Mario Amadeo es obvio que en el marco de la política internacional es donde los pueblos proyectan su imagen y realizan su destino. Comparados con los acontecimientos que se producen dentro de ese ámbito, los procesos internos parecen limitados, tienen algo de «municipales». Cuando en el seno de un país se producen sucesos de verdadera trascendencia—la Revolución Francesa o la Revolución Rusa—desbordan las fronteras y generan efectos de carácter internacional. La diferencia principal entre las naciones convocadas a la realización de una importante misión histórica y aquellas que no poseen ese carisma, finca en su comprensión de los problemas internacionales y en su exacta ubicación frente a ellos. No es indispensable ser una superpotencia para ser protagonista en el escenario internacional. A la inversa, es posible que una nación materialmente muy poderosa carezca de vocación auténtica para la acción internacional y se mueva en ese plano con torpeza. La vocación para la vida internacional es, ante todo, un don, una aptitud innata que tienen los pueblos, del mismo modo que hay algunos especialmente dotados para las ciencias, para la guerra, para la literatura o para las artes.

El autor de este libro, profundo enamorado de la disciplina que profesa, considera que, efectivamente, «en las relaciones internacionales, el poder político aparece en toda su gloria y majestad». Es allí, subraya, donde ese poder tiene el privilegio de tratar con sus iguales, es allí donde las virtudes y el talento

## RECENSIONES

de los conductores son puestos a prueba más rigurosa, es allí donde las alternativas de triunfo o de fracaso tienen relieves dramáticos. La verdadera grandeza de un pueblo no se mide tanto por su capacidad para gobernarse ordenada y eficientemente en el plano interno, sino por su capacidad para hacer grandes cosas, o al menos moverse con señorío y con decoro, en el campo internacional. A la vista, pues, de cuanto antecede no nos sorprende lo más mínimo la apasionada defensa que el ilustre profesor argentino realiza del quehacer diplomático. Aunque hace algunos años se ha hablado con insistencia de que la diplomacia estaba en crisis para el profesor de la Universidad Católica de Buenos Aires está bastante claro que no todos los elementos y valores de la diplomacia clásica han desaparecido de la escena. Más aún, afirma, no solamente puede afirmarse que algunos de sus basamentos principales siguen en pie, sino también, debe reconocerse que algunas instituciones capitales se han vigorizado en sus fundamentos políticos y jurídicos. Por otra parte, el sentido creciente de comunidad internacional ha determinado una prodigiosa multiplicación de la actividad diplomática, tanto en extensión como en profundidad. Hasta hace muchas décadas, los países que participaban en la vida de relación internacional, eran menos de la tercera parte de los que hoy se encuentran incorporados a ella. Resulta, por tanto, interesante señalar que este aumento se ha hecho, en su casi totalidad, a base del acceso de países no europeos y anteriormente no independientes a la comunidad internacional. Esta, pues, se ha «democratizado» y ha perdido el carácter de un club casi exclusivamente reservado a los pueblos de raza blanca. Por consiguiente, como de manera inteligente nos hace observar el autor de este libro, donde, efectivamente, la diplomacia contemporánea si resulta de nivel inferior a la diplomacia clásica es, precisamente, en la observancia de las formas. Es admisible afirmar que la diplomacia tradicional confirió excesiva importancia a los formalismos con que se rodeaba a las relaciones internacionales y que muchos de los elementos de su ritual nos parecerían hoy complicados y por veces ridículos. Hoy se ha caído en el exceso opuesto, y el desdén por las formas se manifiesta tanto en los acontecimientos trascendentales como en los actos baladíes. Esta subestimación de las formas en la diplomacia contemporánea afecta, sobre todo, al lenguaje. Los circunloquios, acaso exagerados, con que era de rigor presentar los propios puntos de vista han sido sustituidos por una terminología directa y cruda que coadyuva a la exacerbación de los conflictos. No hay duda, señala el profesor Mario Amadeo, de que la incorporación de los países socialistas a la comunidad internacional ha contribuido en algún grado a esa transformación. Pero sería injusto no reconocer que entre los propios países del llamado «mundo libre» se ha operado una considerable «plebeyización» de las relaciones internacionales. El auge de la diplomacia multilateral y parlamentaria ha sido factor—decisivo factor—que ha debilitado el culto de las formas en la vida internacional.

Cabe, igualmente, preguntarse: ¿Cuál es el papel que el hombre desempeña en las relaciones internacionales? Hasta hace muy poco, como es bien sabido, el hombre como sujeto individual de derechos era totalmente ignorado por el Derecho internacional público y, consiguientemente, también por los predicados de la política internacional. Hoy, sin embargo, la salvaguardia y protección de los derechos humanos constituye uno de los grandes temas internacionales. Piensa el autor de estas páginas que el proceso de internacionalización de los derechos humanos es paralelo al que se ha desarrollado en el Derecho internacional público, en cuya virtud el hombre ha pasado, de ser objeto, a ser sujeto de dicha disciplina. El tema que ocupa nuestra atención brinda al doctor Mario Amadeo la grata oportunidad de someter a profundo análisis el concepto de la dignidad de la persona humana y, a la vez, el examinar muy detenidamente el contenido de la Declaración Universal de los Derechos Humanos—aprobada el 10 de diciembre de 1948—. Nos dice el eminente profesor de la Universidad Católica de Buenos Aires que, en efecto, la Declaración Universal de los Derechos Humanos ha sido violentamente zaherida por los autores adscriptos a la doctrina de la

## RECENSIONES

política del poder. Schwarzenberger, muy especialmente, le dedica—nos indica el doctor Mario Amadeo—algunos párrafos sarcásticos que reflejan la opinión de esa línea de pensamiento.

Afirma Schwarzenberger que la Declaración constituye un intento de lograr la cuadratura del círculo. «En una organización internacional basada en el principio del universalismo heterogéneo, es imposible encontrar un común denominador para Estados totalitarios y democráticos y para economías basadas en principios liberales, socialistas y comunistas». Como síntesis de su punto de vista, expresa el citado autor que el resultado de los esfuerzos por implantar los principios comprendidos en la Declaración es un «absoluto callejón sin salida», una simple pérdida de energía y la mayor depreciación de la moneda de las Naciones Unidas y del Derecho internacional. Sería difícil no coincidir con algunas de las críticas que formula Schwarzenberger en lo que tienen de fáciles y aún de obvias. No cabe duda de que la Declaración Universal de los Derechos Humanos peca del defecto de su generalidad, de su vaguedad, de su difícil aplicación a un mundo en buena medida signado por el signo de la desconfianza y de la hostilidad recíprocas. Por otra parte, nos dice el doctor Mario Amadeo, la prociación de valores morales desligados de toda doctrina sobre el destino trascendente del hombre tiene la falla de origen de resultar poco operante. La práctica del bien en todas sus manifestaciones requiere algo más que la afirmación de un *deber ser* abstracto; exige la fundamentación de ese deber ser no en un pacto social o en un acuerdo internacional fruto de la voluntad de los contratantes, sino en la obediencia y el amor a la Causa primera de donde todo bien emana. Esto es lo que falta en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, como también en todas las formulaciones de inspiración naturalista.

Para el profesor Mario Amadeo uno de los rasgos más importantes—quizá el principal—de la vida internacional contemporánea reside, quiérase o no, en la toma de conciencia que la generalidad de los Estados tienen de la necesidad de proceder a la cooperación internacional. La Organización de las Naciones Unidas—tema al que el autor ha dedicado un extenso y profundo capítulo—, ha sido, efectivamente, el fruto de esa toma de conciencia. Por consiguiente, hoy ya no puede hablarse, como en épocas anteriores, del «interés nacional», sino, imperativamente, de «un interés internacional». De ahí, señala el doctor Mario Amadeo, el extraordinario desenvolvimiento alcanzado por la cooperación a partir de 1946 y la proliferación de organismos destinados a promoverla. La multitud de entidades que surgieron, con sus correspondientes siglas, abarcaron todos los planos de la actividad humana. Y si bien esa expansión se manifestó sobre todo en el ámbito económico, abarcó otros terrenos hasta entonces exclusivamente reservados a la acción individual de los Estados. Fue particularmente notable la aparición de organismos no gubernamentales de carácter internacional que hicieron extensiva a la actividad privada esa colaboración por encima de las fronteras. Las grandes esperanzas del hombre de nuestro tiempo descansan, en efecto, en las directrices de la política internacional. La única que puede, cara al futuro, lograr el equilibrio, la comprensión y la justa distribución de la riqueza entre los pueblos. El doctor Mario Amadeo nos enseña, con las brillantes y objetivas páginas de su obra, a no desconfiar de los principios internacionales y, sobre todo, a pensar que la política internacional no es algo personal e intransferible de un solo país. La política internacional es patrimonio de todos los Estados.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA.

Year	1998	1999
1	100	100
2	100	100
3	100	100
4	100	100
5	100	100
6	100	100
7	100	100
8	100	100
9	100	100
10	100	100
11	100	100
12	100	100
13	100	100
14	100	100
15	100	100
16	100	100
17	100	100
18	100	100
19	100	100
20	100	100
21	100	100
22	100	100
23	100	100
24	100	100
25	100	100
26	100	100
27	100	100
28	100	100
29	100	100
30	100	100
31	100	100
32	100	100
33	100	100
34	100	100
35	100	100
36	100	100
37	100	100
38	100	100
39	100	100
40	100	100
41	100	100
42	100	100
43	100	100
44	100	100
45	100	100
46	100	100
47	100	100
48	100	100
49	100	100
50	100	100
51	100	100
52	100	100
53	100	100
54	100	100
55	100	100
56	100	100
57	100	100
58	100	100
59	100	100
60	100	100
61	100	100
62	100	100
63	100	100
64	100	100
65	100	100
66	100	100
67	100	100
68	100	100
69	100	100
70	100	100
71	100	100
72	100	100
73	100	100
74	100	100
75	100	100
76	100	100
77	100	100
78	100	100
79	100	100
80	100	100
81	100	100
82	100	100
83	100	100
84	100	100
85	100	100
86	100	100
87	100	100
88	100	100
89	100	100
90	100	100
91	100	100
92	100	100
93	100	100
94	100	100
95	100	100
96	100	100
97	100	100
98	100	100
99	100	100
100	100	100